

tiesen los *mithos* repetidos oralmente por los poetas y por los cantores populares á los poemas cíclicos, á las teogonías de Hesiodo, á las metamorfosis de Ovidio, donde han hallado luégo pintores y escultores los mármoles de rico Paros y las líneas de incomparable armonía para sus Dianas, adoradas en los templos y sobre los altares del arte.

A ningún astro han los poetas cantado como á la blanca luna, porque ni rayo de nuestro sol, ni centelleo de lejana estrella exhalan la poesía exhalada por el mudo y melancólico satélite. ¡Cómo se deslizan sus resplandores mustios entre las ramas de los olmos! ¡Qué argenteo dan sus rayos á las ondulaciones del arroyo! ¡Cuál baño el de la luna llena, cuando se refleja, desde su zenit en el silencio de la noche y en el misterio de las sombras, dentro de un lago tranquilo y celest! Quien haya visto la luna de Agosto y Julio en el Mediterráneo comprende toda la clásica perfección del mundo antiguo, aquella hermosura sin contrastes, aquellas armonías concertadísimas, aquellas proporciones acabadas, aquellas consonancias de cielo y tierra; el mar parecido á un horizonte y el horizonte parecido á un mar, lloviendo aquél su luz con tanta calma y reverberándolo éste á su vez en la superficie tranquila, como si recibiera por las rompientes y ondulaciones de sus aguas una lluvia de luminosas estrellas. El cementerio toma tristeza sublime del astro de las noches. Una estatua funeraria se reviste de grandeza sobrenatural en el incierto centelleo de aquellos rayos melancólicos. Los vascos llaman á la luna luz de los muertos. Así no

hay para los arcos rotos, para las estatuas destrozadas, para los acueductos interrumpidos, para todas las ruinas, entonación como las que suelen prestarlas, envolviéndolas en gasas fúnebres, las noches de luna. Ved á sus tintas el murciélago, la lechuza, el buho, y os parecerán aves fantásticas recamadas de un destello ideal. Oid el ruiseñor y os creeréis transportados al Paraíso. Los rayos de la luna, y las cuerdas de la guitarra, y las canturias del amante, y los latidos del corazón de la amada, se corresponden á una en la serenata, como se corresponden las notas del pentágono y los calores del prisma en la naturaleza. De aquí aquella impresión dejada en nuestros oídos por la célebre melodía de Norma cuando se levanta la luna llena por los bordes del horizonte, y la sacerdotisa, puesta de pie sobre las aras del dolman rudo y bajo los ramajes del encinar sacro corta el muérdago de los troncos húmedos con su hoz áurea y lo reparte á todos entre las cadencias de sus himnos, á cuyos acentos las sepulturas se abren como cálices de flores y las almas de los muertos se levantan para unirse al coro armonioso, demostrando la inmortalidad. Y con este himno se corresponde y enlaza la magnífica relación del Fausto, el cual, cansado de su ciencia, consumido en sus retortas, cubierto por el polvo de los libros como la momia por el polvo de los siglos, petrificado en su laboratorio de tristísimos esqueletos y varias redomas, siente que le llaman á la poesía inmortal de la naturaleza los rayos de la luna cernidos por los vidrios góticos y reverberados en los losas frías, convidándole á subir por las cimas de las montañas y á

bajar por los senos de las selvas en busca del placer, bañándose así todo su cuerpo en los efluvios de la vida cósmica y encendiéndose toda su alma en las llamaradas del amor universal. La luna penetró en el pensamiento de Byron y lo iluminó con sus rayos suavísimos. Una tarde venía del Lido por la entrada del gran canal que comienza en la *piazzetta* de San Marcos. La barca se deslizaba entre iris misterioso al reverbeo de un crepúsculo fantástico en los cielos y al reflejo de los cielos en las aguas arboladas, de cuyos cristales salían los monumentos como de bello engarce compuesto por guirnaldas de perlas y de ópalos. Todas las torres de Venecia echaron al vuelo sus campanas en la víspera de gran fiesta religiosa, y sus conciertos, dulcificados por las lagunas, parecían venir de otros horizontes y hablar al espíritu de otros cielos, de otros soles, de otros mundos. El escéptico, al eco del campaneo y al reverberar del crepúsculo, sintió cómo su alma tomaba sin quererlo alas de ángeles y propendía irresistiblemente á subir hacia lo infinito por medio de una oración que lanzaba de su seno tan espontáneamente como lanzan á las alturas sus vapores los hondos senos del mar. Y vió deslizarse, vestida de cielo, calzada con la luna, por los aires arbolados, sobre los lagos celestiales, entre aquellos edificios parecidos á evocaciones religiosas, la Madre del Verbo, saludada por coros de poetas, que llenaban todo el espacio, como las notas del órgano llenan todo el templo produciendo los melodiosos adjetivos de una letanía sin fin.

Los seres más vulgares, por manera inconscien-

te, alcanzan las misteriosas relaciones entre nuestra complexión y la nocturna esposa del planeta. Si otras revelaciones no dijeran cómo vivimos en la vida universal, diríanlo á una las tristes y dolorosas de los humanos achaques. La nube formada en la curva del horizonte pesa con abrumadora pesadez sobre la curva de nuestro cerebro, y el rayo fulminante, allá en lo alto, culebrea por nuestros nervios y los agita mucho antes de que hayan estallado sus estampidos y centelleado sus chispas en la tempestad. El hierro de las minas viene por misteriosos conductos á los glóbulos de nuestra sangre, la cal del camino se aglomera en las armaduras de nuestros esqueletos, los jugos de la tierra se transfunden á nuestros humores, y vivimos del aliento de los árboles, cual ellos, á su vez, viven de nuestro aliento. Pues lo mismo pasa con esa luna tan distante, que sólo quiere mostrarnos una de sus fases; lo mismo. Dejando aparte su relación sabida con las mareas, preguntadle á los pescadores y os dirán cómo influye sobre los mariscos; preguntadle á los jornaleros y os dirán cómo influye sobre la vegetación y sobre los frutos. En todo el Mediterráneo se reconoce cómo la luna del frío Enero tiene una especie de filtro, de calmante, de narcótico, tan eficaces para las aguas, que nunca duermen cual en ese mes, pareciéndose, por lo petrificadas é inmóviles, á turquesas unas veces, á esmeraldas otras, y las más á ópalos. El pobre labrador, cuando ve por Febrero madrugando tanto á su almendro y coronarse con las guirnaldas de rosáceas flores, tiembla por la terrible luna de Marzo. Roja la llaman los

franceses en su habla popular, imputándola todas las heladas que abrasan los brotes de los árboles y ponen maltrechas las cañas de los sembrados en las prematuras primaveras. Por el trópico no puede una herida quedarse á la luz de la luna á causa de lo mucho que se recruedece; y como nosotros padecemos de insolaciones, padécese de inlunaciones allí. Pero ¿qué más? Un gran poeta puso el juicio de cada mortal en los espacios de la luna, ni más ni menos que las partidas de bautismo en los libros parroquiales. Ha convenido el habla en llamar lunático á quien carece de madurez en sus pensamientos, de consecuencia en sus actos, de mesura en su vida, de fijeza en sus propósitos, dejándose arrastrar al acaso por el curso tortuoso de los acontecimientos, sin dominarlos ni dirigirlos. Cuando le asalta de súbito un arrebató á cualquier vehemente, apasionado, loco, suele decir con acierto el vulgo que le ha cogido mala luna, como se dice del borracho triste y pendenciero que le ha tomado mal vino. Comprendemos todas estas supersticiones, llegadas hasta constituir cierta liturgia de la luna, cuando rudimentaria ciencia, desprovista de auxiliares é instrumentos, creía los dos primeros astros del espacio á los dos que ven mayores nuestros sentidos en día y noche. Mas, creedlo, aumentando el conocimiento relativo de nuestro cielo y disminuyendo ese conocimiento la importancia del satélite, no disminuye por eso el poder atribuído á los rayos lunares sobre las cosas humanas. Prescindamos de aquella religión, esencialmente antipagana y monoteísta, que hizo como un símbolo de sus

victorias la media luna, tan brillante y hermosa por los desiertos y por los cielos de Arabia. Prescindamos de aquellos pueblos sabeístas que, reduciendo la teología y sus dogmas á nociones astronómicas, mejor dicho, astrológicas, personificaban en la luna todo el lado femenino de la divinidad. Prescindamos de aquellos otros pueblos sacerdotales que profesaron el dogma de la inmortalidad é hicieron de la luna tan dulce aquella Hécate sombría, conduciendo en los pliegues de sus sombras las almas de la muerte á los abismos infernales. No hablemos, pues, de las liturgias más santas entre los pueblos más cultos, que mueven ciertas fiestas mayores, en correspondencia con los movimientos lunares, y determinan días y semanas solemnes por la luna creciente y la luna llena. Podrá parecernos diminuta en nuestros cálculos matemáticos una mortaja de generaciones extintas, atada inseparablemente á nuestra tierra como el sudario de un muerto al caloroso cuerpo de un vivo, tosco pedrusco tan triste y tan pavoroso como la losa ó la inscripción de un sepulcro; pero por esto mismo quizás, á su luz confiarán los tristes las penas más hondas y más calladas de sus pechos, y los poetas las inspiraciones más elégicas de sus fantasías, y los músicos las serenatas más melodiosas de sus arpas, y los amantes sus vagos suspiros, sus inciertas esperanzas, sus dolores sin consuelo, todas las tristezas, compañeras inseparables de las grandes pasiones amorosas, las cuales preferirán la luna débil y triste al sol encendido y luminoso, y, aunque predestinadas en el plan de la Providencia eterna-

mente á propagar la vida y á mantener por su generación las especies, sentirán invencibles propensiones á la desesperación y á la muerte.

Así como todo planeta puede llamarse satélite del sol, se llama toda luna satélite del planeta. Cuando nuestros metereólogos experimentan las muchas perturbaciones traídas al aire terrestre por el satélite único de la tierra, miran á veces con horror verdadero aquellos mundos seguidos de varios satélites, como Júpiter, y ni por el oro de aquí, ni por el oro de allí sumados, emigrarían á tan subvertidas atmósferas. Y, sin embargo, ¡cuántos y cuán maravillosos secretos del universo no ha revelado la luna, y cuántos misterios no hemos sorprendido en sus miradas á nuestro mundo y en sus coloquios con nuestros reveladores y nuestros sabios! Terminaba el siglo décimoquinto cuando Copérnico dirigía su anteojo imperfectísimo al disco del satélite por reveladora noche de total eclipse. Sobre aquel romano foro, cuyas ruinas, sobrepuestas unas á otras, parecen fragmentos de un sol extinguido, el cura eslavo asestaba el instrumento que debía producir una revolución en el cielo al rostro de nuestro satélite, pidiéndole indicaciones del misterioso Todo. Por los mismos años otro eclesiástico, un fraile germano, preparaba en la conciencia religiosa una revolución, análoga de suyo á la concebida por el canónigo polonés, en los conceptos del espacio, y la preparaba por los senos misteriosos de esa Roma, eterna madre de todas las maravillas del espíritu moderno, aun de aquellas al parecer atentatorias á su poder y á su grandeza. La noche de

aquellas observaciones, el melancólico astro, que brillaba con vivo resplandor, esclareciendo los arcos y los intercolumnios, recamando las cresterías y los relieves, y los triángulos, rompiéndose como en espejos en las lisas piedras de la Vía Sacra, comenzó á oscurecerse, porque la encubría del sol común á todo nuestro sistema solar el ingreso é interposición de las terrestres sombras en su disco. Mirando de hito en hito el paso de esta sombra planetaria por su satélite la vió esférica y alcanzó de esta visión la esfericidad de nuestro mundo. Y de tal esfericidad dedujo cómo era la tierra un astro parecido á los demás en los espacios, y no una extensión plana cual querían las nociones hasta entonces divulgadas. Y de pensamiento en pensamiento, de deducción en deducción, de hipótesis en hipótesis, llegó á concebir y divulgar el concepto entrevisto por algunos filósofos antiguos que, fijando nuestro sol en el foco de las elipses planetarias, imprime un movimiento á la tierra, comunicable al espíritu también, para prestarle con las apariciones sublimes de nuevo ideal el calor de nueva y más preciada vida. Desde aquel entonces anduvimos de invención en invención, y unas veces por el estudio de los satélites, otras por las circunnavegaciones emprendidas y acabadas alrededor del globo, ya siguiendo las oscilaciones del péndulo, indicadas por una hermosa lámpara bajo las bóvedas de la iglesia mayor de Pisa, ya levantándose desde la caída de una manzana sobre la frente hasta interrogar por qué la luna jamás cae sobre nuestra tierra, comprendimos y explicamos el sistema de

la universal atracción, completado por el sistema de las electivas afinidades, y creímos haber hallado en la mecánica celeste una clave para descifrar hasta el origen de los satélites, de los planetas y de los soles en la infinidad del espacio. De aquí la grande atención y cuidado con que seguimos al satélite y le arrancamos sus secretos. La vecindad tan próxima le pone más cerca del radio de nuestras experiencias y le hace preferente objeto de nuestras miradas, movidas por una inconsciente pero sana curiosidad. Créese mucho más fácil penetrar por medio de nuestros sentidos, ayudados de los modernos instrumentos, en ese astro, que allá en los apartados por espacios inconmensurables ó perceptibles sólo á la indagación de nuestros más intensos telescopios. Como hay un sistema filosófico muy célebre y muy vulgarizado que cree á la tierra templo y habitación única del espíritu, negando á los astros todos la presencia de seres libres y racionales en sus espacios, hay otro sistema conjetural, puramente conjetural, pero que induce por analogía la existencia en todos los planetas análogos al nuestro de seres orgánicos, unos más cerca de la materia, como nuestras especies inferiores, otros dotados de inteligencia, libertad y razón. La naturaleza no produce nunca seres únicos y singulares, los multiplica en su increíble fecundidad, exclaman los creyentes en la pluralidad de mundos habitados. Y así como no produce una flor sino muchas flores, no un ave sino muchas aves, no un átomo sino muchos átomos, no un sol sino muchos soles, no ha podido producir en ese arenal de

orbes, dilatado en el espacio infinito, un solo mundo habitable, sino muchos habitables y habitados. Era natural que la luna pudiese resolver esta conjetura y tornarla en realidad antes que ningún otro mundo, y por eso á la triste luna, con preferencia, se han dirigido las interrogaciones, y todos hemos echado, en broma ó de veras, nuestro cuarto á espadas sobre los habitantes de la luna, á pesar de la célebre interrogación de aquel baturro, que decía: «Si la luna estuviese habitada, compadre, ¿dónde se meterían sus habitantes cuando mengua?»

Nuestra compañera es un cementerio, donde la vida no pareció nunca ó se ha extinguido para siempre. Así la encendida luz del sol aseméjase, al tocar su disco, á la reverberación de pálida lámpara funeraria en marmórea losa sepulcral. Ved el resplandor de oro que ostentan todos los soles, más ó menos lejanos, enfrente del resplandor argénteo de la luna, y observad cuán diversos. Parecen los unos brasas, rubíes; parece la diosa de nuestras sombras como el blanquecino fosforeo de los fuegos fatuos producidos por las frías osamentas desparramadas en las innumerables sepulturas de mundos, sobre los cuales no todas las regiones sirven para producir el calor de la vida y todas sirven para guardar los despojos de la muerte. ¡Oh! La media esfera, ofrecida en los plenilunios siempre á nuestros ojos, tomaríaisla, según resulta de la observación, por el abandonado laboratorio de un astrólogo y el museo de un anatomista, colección de fríos esqueletos, por los cuales pasaron hace siglos las encendidas burbujas del oxígeno y los rojos glóbulos de la san-

gre. Hasta las montañas, en su aislamiento, pues jamás componen cordilleras; en su aspecto extraño, que las asemeja de suyo á setas y esponjas; en su forma de conos truncados; en su color blancuzco, parecen funerarios túmulos. Aquellos átomos se confunden con partículas de ceniza y copos de nieve. Así no encienden, apagan; y no acaloran, enfrían. Sin embargo, examinados mediante los espectros solares, resultan en su composición química los rayos de la luna idénticos con los rayos del sol, por ser estos mismos, si bien reflejos. Mas el sol carece de poder bastante á vivificar aquella soledad espantosa. Esta continua ebullición de vida en los senos terrestres, los cuales hierven á modo de calderas gigantescas, ya encendiendo jugos, fácilmente convertidos en savia ó sangre; ya cuajando cristalizaciones, fácilmente convertidas en cuerpos geométricos, toda esta suprema y saludable agitación del planeta nuestro vuélvese abandono y silencio profundísimos en el satélite. Los indolentes podrían allí, de respirar, consagrarse al eterno descanso, como el imperturbable de los cadáveres: en ella no temerían los medrosos el huracán que troncha los mástiles, ni el ciclón que desarraiga los árboles, pues no hay tormentas, porque tampoco aire. Así el trueno aterrador, el relámpago culebreante, las granizadas asoladoras, la centella fulminada por nubes fragorosas y tormentosísimas, no se producen jamás en aquellas tristes petrificaciones y en aquellos mortales fríos. Nada hiede, porque nada huele. En vano abriríais las narices para recoger las moléculas imperceptibles que componen aquí los

aromas penetrantes; el mineral insípido, incoloro, inodoro, llena sus desiertos. Esta paleta bellísima que se llama tierra y que nos presenta desde las praderas hasta los iris, no tiene oficio alguno que cumplir en aquellos contrastes bruscos entre luz y sombra incapaces de colores y matizamiento. Calma eterna, sin correspondencia posible, aquí donde la vida penetra en los dominios de la muerte y un cadáver amontona gérmenes infinitos de seres nuevos por doquier, y la podredumbre resulta levadura nueva, y el fermento licor henchido de jugos vivificantes. Poneos en idea fuera del aire, y os encontraréis en esa inmensa máquina neumática donde no se respira. Más fácilmente nos formaríamos, pues, claro concepto del sobrenatural infierno soñado por nuestros místicos en el horror de sus visiones diabólicas, que del globo lunar por los adelantos astronómicos revelados á la ciencia. El desierto, donde caen los camellos exhaustos por no bastarles los odres naturales puestos por la Providencia en sus grandes buches, y donde la nave de semejantes soledades terrestres, el avestruz, cae asfixiado, parecería un edén de frescura y humedad junto aquellas arideces faltas del aire y agua vitales. Figuraos que así como los mares de nuestro polo se truecan en hielo, pudieran todos los mares planetarios trocarse á una en granito; pues con tal figuración acaso tuvierais una fotografía del Océano lunar. Y espantoso negror lo envuelve todo, como el paño fúnebre al mudo ataúd. Lo que aquí es cielo azul, etéreo, es allí abismo negro profundísimo. Las montañas se tienden aisladas por todas



partes junto á grietas insondables, fauces de monstruos parecidos á los engendrados en una pesadilla. Bien es verdad que hasta las montañas son huecas, á manera de inmensos apagaluces, puestos allí para extinguir la vida. Creedlo: este planeta nuestro va por el inmenso cielo desposado con un cadáver frío.

Naturalmente debemos, al describir la luna de tal suerte, jurar nuestra descripción por la palabra de los maestros, como Fonwielle. Tiempo, competencia, estudios preliminares, lo necesario para poseer conocimiento propio y seguro en la materia me faltan. Solamente un genio tan múltiple y vario como Echegaray, mi célebre inmortal amigo, escribe con idéntica maestría un drama romántico y una disertación astronómica. Juan Bautista Vico incapacitaba en su profunda *Ciencia Nueva*, tan leída en otro tiempo y tan olvidada hoy á pesar de su mérito, al hombre para conocer efectos de que no fuera él causa y obras de que no fuera él autor. Mas, á la verdad, si hubiéramos de proclamar como cosas verdaderas y sabidas tan sólo aquellas experimentadas en nuestras observaciones y experiencias personales, diariamente recomenzaríamos trabajos ya concluídos por otros, y lo que ganáramos en certidumbre habríamos de perderlo en sabiduría. Todas las ramas científicas exigen librar algo al criterio ajeno y estatuir con cualquier motivo una inevitable autoridad por mayor ó menor derecho. Ahora mismo recuerdo cómo no descubro, ni en las observaciones telescópicas de Leverrière, ni en los mapas lunares de Flammarión, todo cuanto notaban sus dos autores en sus sendas explicacio-

nes. Pero al observar ciertos fenómenos psicológicos, nada tan justo y natural como decir que no descubrimos en el cielo cuanto descubren los astrónomos, ni vemos en los paisajes aquello que ven los pintores, ni oímos las armonías advertidas por el músico en las consonancias del universo, ni hallamos de las cosas aquel incienso de poesía percibido por los poetas, ni consideramos al universo envuelto en las ideas pensadas por el filósofo y constitutivas del éter espiritual, difuso en lo infinito. Por tanto, hay que concederles algo en albricias á sus invenciones y en tributo debido á su incontestable superioridad. Ya lo veis por ellos, por los maestros, esa luna es fría momia. Su faz, dulce y poética, no tiene una gota de agua que llevarse al paladar, ni un soplo de aire que recoger en sus labios. ¡Pobre y triste petrificación! La vida no late allí tal como la experimentamos y la conocemos en nuestro planeta. Y cuenta que telescopios potentísimos han acercado hasta próximamente catorce leguas los humanos ojos al disco lunar. Pues ni á esas catorce leguas se columbran los gigantes atribuídos en el *Micromegas* de Voltaire á otros más grandes y más tardos planetas. La luna es inmovilidad, abandono, muerte, olvido, silencio, y en comparación de tanto sol como ilumina el espacio, un átomo de fría ceniza. He ahí cuanto alcanzamos del astro más próximo á nuestro bajo mundo y más sujeto á nuestras imperiosas preguntas. Y, sin embargo, la tal esfera, desierto cementerio, en su mudez, en su pneuma, en su soledad, es aquella luz que platea los cielos por las más hermosas

y serenas noches; aquel astro que retrata su faz purísima en los lagos celestes; aquella musa que despierta el gorjeo en la garganta de los ruiséñores enamorados y el melodioso cántico en la serenata de los jóvenes enardecidos; aquella poetisa de quien aguardan las arpas un suspiro que agite sus cuerdas y los poetas un beso que haga vibrar en odas sus labios; aquella diosa que ha contado templos y aras en los promontorios más armoniosos de nuestro planeta, y sacerdotes y fieles entre los hombres más ilustres de la historia, presidiendo á los nacimientos que perpetúan las generaciones y velando sobre las cunas que prometen alegrías á los hogares como los capullos rosas al rosal; aquella confidente á cuyo regazo entregamos el secreto de nuestras penas, recibiendo, en cambio, consuelos, manantial eterno de poesía y de vida. Seguramente nuestra tierra desde otro mundo parece un astro ideal, y los infelices humanos ángeles ó bienaventurados. Cuando se observa cómo un cadáver, cual ese cadáver de la luna, vivifica, nos da ganas de gritar á cuantos lo estudian y observan: «Callad con vuestros análisis; no me quitéis mis ilusiones, más ciertas y más consoladoras que todas vuestras verdades.»

Hemos querido adrede pararnos á contemplar la contradicción entre las dos imágenes de la blanca luna, tales como el intuitivo arte y el consciente saber nos la ofrecen, á fin de mostrar cuánto una cualidad femenina, la dulcedumbre de luz, por ejemplo, importa cuando nos avasalla en tales términos que, sin deberle por ningún modo ni en senti-

do ninguno al astro de la noche todo lo que debemos al astro del día, mucho más que al mismo sol ¡ay! la idolatramos, y siempre la preferimos para explicar nuestras melancolías y dedicarle nuestros cánticos. Sucede con el sol y la luna exactamente lo mismo que sucede con Dios y con la Virgen. Blasfemo aparecería quien se atreviese á comparar grandeza con grandeza, la grandeza del Criador con la grandeza de sus criaturas, siquier sea esta la más perfecta, la más hermosa, la purísima entre todas. Pero á la complexión eternamente pagana de nuestro espíritu no le cuadra ese monoteísmo semítico en que aparece como solitario allá sobre su trono de astros el gran célibe de la eternidad. Hemos necesitado, para mejor comprenderlo, sentirlo en nosotros por medio de su Verbo divino, hecho carne, y por medio del sacramento de la Eucaristía, difundiendo su Trinidad, no sólo en el alma humana, en la sangre por nuestras venas circulante. Y además, hemos admitido su Espíritu Santo como para pedirle una revelación permanente que guardar en nuestro corazón y en nuestra inteligencia. Pero aun esto no podría satisfacer nuestras necesidades múltiples por completo si no viésemos divinizada también la parte femenina de la humana especie. No hemos hecho lo que hicieron los paganos creando seres á los cuales dieron la misma naturaleza y el nombre mismo de dioses con sólo afeminar tal nombre y tal naturaleza. La Virgen, ciertamente, no es una diosa como pretenden los protestantes extremos, sobre todo los unitarios en su odio al catolicismo. Hay en toda doctrina cristiana un fondo mo-